

El cuento: *El Cerco*

Jorge Montoya

Un día, a mediados de los años setenta, me encontraba en la Universidad Nacional buscando un libro en la Biblioteca cuando en la entrada de la Facultad de Medicina, en la placita "Salvador Allende", me encontré al "Zarco", un compañero que conocí en Áreas Comunes estudiando Agronomía.

-No querés tomar un poco de 'Kickapú', ¡está rico, probálo!... -ofreció al verme.

Había un garrafón de agua cristal lleno de líquido anaranjado, y en cono de papel para minuta me sirvió un poco, y yo lo tomé... ¡Puro jugo de naranja!... Llegaron otros compañeros y se echaban su cono, mientras él los arengaba para ir al Desfile Bufo, y así, 30 minutos después, yo estaba en mi cuarto cono y me sentía zapatón, casi a pija... ¡y picado!... ¡pero se había acabado la garrafa!

-Vamos al desfile bufo, va' star vergón, la reunión es en el Paraninfo, allí hay más Kickapú -me dijo.

-"Otro par de conos y me zafo" -me dije dándome paja a mí mismo ya picado.

Al llegar a la plaza ubicada frente a la Biblioteca y el Paraninfo observé que se habían congregado casi dos mil personas. Todos usaban disfraces, maquillajes, ninguno mostraba su cara. Había escobas, escusados, peroles, trompetas, burros, bueyes, cuches. El desfile Bufo era una tradición de los estudiantes universitarios que se inició años atrás. Una crítica, en clave de "desfile-sátira", al régimen de la época.

El Zarco me dio una peluca y una máscara, me las puse, y me serví más Kickapú. Salió el Desfile Bufo a las doce del mediodía por la 25 Avenida Norte, con una ruta proyectada a pasar luego por la Calle Rubén Darío y de ahí empalmar hacia el centro de la Capital. El Zarco era el encargado del Kickapú, el cual iba en una carreta jalada por una yunta de bueyes pintados de rojo. Yo ví tres cajas en esa carreta que estaban bien tapadas... ¡Pero no se me ocurrió preguntar!...

Me alegraba que hubiera suficiente Kickapú y de eso vi cuatro garrafas llenitas. Me comencé a sentir carón y picado, quizá medio a verga, pero aún consciente... ¡Este Kickapú era deliciosamente adictivo!...

Al llegar a la Fuente Luminosa, enfrente de la embajada yanqui, y del edificio "curveado", el desfile se paró para el ya tradicional lanzamiento de botellas, piedras y otros objetos a la embajada. Hasta aquí pareció todo "normal", pero alguien lanzó un cóctel Molotov que aterrizó a unos dos metros de la puerta principal de ésta. La gasolina generó fuego e inmediatamente todos vimos cuando dos "cheles marines" parapetados en la terraza del edificio, se pararon y dispararon su M-16 al aire. La mara no se ahuevó y más cócteles siguieron... ¡De pronto!... Aparecieron dos tanquetas y muchísimos cuilios; un gran animalero de cerotes trompudos con sus cascos amarrados a la jeta, G-3 en mano listos a disparar, se apostaron a ambos lados de la 25 Avenida Norte, cerrándonos toda salida.

-Ayudáme - me dice en ese momento el Zarco. Yo no lo escuchaba; la subida de mi nivel de adrenalina me advirtió del huevo en el que me había medido y evaluaba la situación. Luego me di cuenta que vinieron muchos estudiantes con mochila en mano, destaparon las extrañas cajas que iban en la carreta tirada por los bueyes rojos, y agarraron pistolas y cócteles... ¡Eso había en las cajas!... El Zarco me dio una mochila y viéndome apendejado me dijo:

-Agarrá lo que podas que tenemos que salir en guinda.

Estudiantes armados empezaron a disparar a la policía y fue cuando pasó el despelote. Con el Zarco corrí a refugiarme al edificio curveado que había enfrente de la Fuente Luminosa, tres chotas cerraban el paso, hacia allí tiró el Zarco aquella botella de Tíc Tíc llena de clavos y gasolina con un pedazo de trapo como mecha, ¡al estrellarse en el carro explotó y salió una llamarada que la cubrió de inmediato!, entonces salimos en guinda.

Llegamos sudando y pálidos a la colonia Universitaria Norte sobre el Boulevard de los Héroe, nos sentamos a descansar, la guinda de 10 minutos nos había agotado... ¡Y la pija se me había ido!

-Tenemos que llegar a la U porque aquí estamos copados, -me dice el

Zarco mientras estábamos escondidos tras un muro de piedras en una casa en construcción.

-¿Dónde está tu pistola? - pregunta el Zarco

-¿Cuál pistola?

-¿No has registrado tu mochila, sabés cómo usarla?

Adentro de la mochila habían dos cócteles Molotov... ¡Y una escuadra que de nueva relumbrada lo plateado!... Yo me asusté.

-Prefiero no usarla.

El Zarco me mira extrañamente y replica:

-¿Te estás aculerando?, mirá, estamos en un huevo; si nos agarran, nos torturan, nos matan o desaparecemos, que la misma mierda, así que vas a tener que usarla, sí se da el caso.

Casi una hora de estar escondidos, habíamos visto pasar una tanqueta con rumbo a la U. Después de media hora empezamos a caminar en pequeñas calles que corren paralelas al Boulevard de los Héroes. Nunca se me ocurrió que la U estuviera totalmente cercada, los militares nunca habían hecho algo así. Todas las calles aledañas a la U estaban cerradas al tráfico, hacía rato que no se veía un solo bus o carro, ¡mucho menos un alma caminando esas calles vacías!... ¡Estábamos solos!... Pero en lugar de irnos a la seguridad de nuestras casas, el Zarco y yo decidimos romper el cerco, no para salir, sino para entrar en él.

Trepamos la cerca del Instituto detrás de la piscina; lo ancho de la cancha de fútbol separaba la piscina del edificio principal del plantel que yo conocía muy bien, allí estudié mi secundaria. Llegamos unos 20 metros del cerco malla ciclón que separaba la U con el INFRAMEN, y que acostumbraba trepar cuando llegaba tarde al Instituto, esta vez sería al revés..., cuando ¡de repente!, oímos la primera ráfaga, nos tiramos al suelo y vi una tanqueta escondida cerca del edificio principal, al otro lado de la cancha, y un Guardia Nacional, subido en el techo, señalaba a cinco o seis "beneméritos" abajo, donde estábamos nosotros...

¡La "Benemérita" venía corriendo hacia nosotros! ¡No había salida, aquí morí pensé ese momento! Otra ráfaga se oyó a lo lejos y vi a los Guardias tirarse al suelo, nosotros seguíamos en el suelo, pero desde donde estábamos podíamos ver hacia abajo, a lo lejos, como 100 metros... ¡El cafetín de AGEUS!

-Son los de la U que nos cubren, corramos.-me dice el Zarco.

Y vi al Zarco correr hacia El Cerco, que quedaba en bajada, y era de unos cinco metros de alto, con púas. Vi al Zarco saltar, evitar las púas, y cuando ya iba a caer al otro lado me vio, quizás vio terror en mi cara pues me gritó.

-Corré, no te aculerés... ¡Y desapareció de mi vista!

Yo estaba en pánico, jamás había estado tan cerca de la muerte. Pero las palabras del Zarco me despertaron y me levanté dejando la mochila en el suelo, y corrí los 20 metros que me separaban de El Cerco. La balacera arreció y ya no sabía quién disparaba a quién, yo sólo corría, pero por vez primera en mi vida, oí ese zumbidito que una bala hace al pasar cerca de uno... ¡Y que tan bonito se oye en las películas!... ¡Un sonido que jamás olvidaré!...

Llegué al cercado, salté para alcanzar las púas, la balacera ensordecía, pero sin importarme las púas -quizás ya ni mi vida- salté los casi cinco metros al suelo, amortigué la caída con mis manos y pies, pero mi frente golpeó el pavimento; por escasos segundos me sentí de nuevo a verga, en la luna, pero el grito del Zarco me despertó.

-Por aquí, detrás de los carros.

Eran 10 metros más para la salvación, un líquido mojó mis ojos y creyéndolo sudor me lo limpio con la manga de la camisa: ¡Era sangre! Me había partido la ceja derecha y un chorrillo de sangre se derramaba sobre mi cara... ¡Pero corrí!.. Llegué donde el Zarco agazapado detrás de un carro con vidrios y carrocería balaceados. Allí permanecemos media hora más, sin hablar, sin movernos, sólo oyendo la balacera. Entonces me di cuenta que había individuos con mochilas, ametralladoras, pañuelos que medio cubrían sus caras. Todos estaban detrás de una barricada rápida de carros estacionados que habían hecho en el parqueo del cafetín de AGEUS. Allá, en el cafetín, habían muchísimos más que nos hacían con sus dedos la letra "V" de ¡¿Victoria?! Coman mierda hijosdeputa, pensé en mis adentros, aún sin reponerme de la gran enganchada que me había dado el Zarco, si yo en realidad le había seguido la onda a este loco por los conos de minuta donde me servía sendos tragos de Kickapú.

La balacera paró a la media hora pero nadie se movía de sus puestos. Otra media hora pasa, ya son casi las cuatro y media... ¡Más de cuatro horas de angustia provocados por mi sed por alcohol!.. Yo seguía sangrando copiosamente y me tapaba la herida con el pañuelo blanco, éste estaba empapado y me empecé a sentir débil... ¡Entonces perdí el sentido!

Desperté en una camilla en un cubículo bien pequeño, afuera estaba oscuro, el reloj Pilsener de pared marcaba las seis y media de la tarde. -"perdiste bastante sangre pero no necesitaste suturas, la herida es como de media pulgada pero se va a cerrar ella sola, ¿Cómo te sentís?"-, me preguntó un corpulento individuo que después supe iba a quinto año de Medicina.

En eso llegó el Zarco, fresco como una lechuga..., ¡sin un rasguño!..., y me preguntó -"Quiúbole broder, ¿Ya te despertaste? fue buen vergazo broder pero ya paraste de sangrar y eso está 'chévere', estamos fuera de peligro; los de AGEUS (Asociación General de Estudiantes Universitarios Salvadoreños) quieren saber cuál es tu apellido, yo no me acordaba y te registramos, pero no andas cartera ¿La perdiste en el 'vergoloteo'?".

Llegó un tipo de AGEUS que nos interrumpió diciéndome -"se portaron con huevos burlando el cerco de esos 'gorilas hijosdeputa' ¿Cómo te sentís? Los 'chafarotes han decretado el cerco alrededor de la U y aquí vamos a dormir esta noche, allí te van a traer leche y cena, perdiste mucha sangre y si deciden invadir vamos a necesitar de tu ayuda, así que relajate pa' mientras"- dijo, y se fue. Me levanté a tomar agua y "miar", entonces vi a través de la ventana y me di cuenta que estaba en el cuarto pegado al cafetín de AGEUS, ¡La Barbería!, los que parecían estudiantes, habían hecho una barricada de carros, estaba algo oscuro pero vi siluetas que me decían que había gente allí.

Me dieron ganas de cagar y me toqué las bolsas por un cigarro, milagrosamente hallé uno quebrado y ensangrentado, pero lo encendí y me senté en la taza... y en la pared del pequeño baño decía esto:

*Qué divino es cagar
con un cigarro encendido.
queda el culo agradecido
y la mierda en su lugar...*

Sentado en la taza con el Delta humeante recuerdo que recapacité. ¡Estoy cercado! ¿Qué habrá sucedido...? En ese pequeño baño maduré la situación sin pasiones aunque con temor; estoy seguro de que todos los que estábamos en el campus sentíamos temor a la muerte esa noche y que nos encomendamos a Tatachúz por las diúle... ¡En las trincheras no hay ateos!...

Para más joder, otro mensaje filosófico del inodoro me hizo poner los pies sobre la tierra. Estaba escrito en la parte superior de la pared donde está el mingitorio, a la altura de los ojos de los clientes que llegan a ejercer la necesidad fisiológica de la micción, paloma en mano, y decía así:

*Da gracias a Dios Hermano
Que lo que tenes en la Mano
No lo tenes en el Ano
(Autor: Monseñor Luis Chávez y González)*

Al salir encontré al Zarco, me dijo que no se sabía cuantos pero había varios muertos, y había heridos dentro del campus, como en el Rosales. Que había negociaciones por intermedio del arzobispado con la "dictadura" para levantar El Cerco y permitir a los heridos salir y ser debidamente atendidos; que los militares querían saber los nombres así como que rindieran las armas los casi 200 "subversivos" armados dentro de todo el campus. Como era vacación de interciclo habíamos pocos estudiantes.

Entonces me acordé ¿Y mi cartera? Me registré y nada... ¡La había perdido! ¡Allí estaba mi cédula, carné de la U!... ¿Y si la encontraba la cuilia? Entonces me estremeció la idea de que la policía llegara a casa a buscarme para matarme a mí o a toda mi familia, como estaba sucediendo casi diariamente.

A la medianoche los vehículos militares alrededor de la U arrancaron y se fueron. ¡Habían levantado El Cerco militar! Luego llegó un vehículo de la Cruz Roja a avisarnos que El Cerco estaba levantado pero sugerían que esperáramos hasta el día siguiente, cuando fuera ya de día, para salir. Todos estuvieron de acuerdo y allí dormí el resto de aquella verga de Kickapú, en el sillón de la barbería universitaria.

A las seis de la mañana empezamos a salir de dos en dos... Así llegué a mi casa a las ocho de la mañana de ese día de la violenta década de los años duros de los setenta.